

entender profundamente el hecho educativo si no es desde una perspectiva de complejidad racional, que tiene en el horizonte el «deseo de transformar la mera existencia en una buena existencia» (p. 65).

El libro termina con una reflexión sobre las implicaciones prácticas de una concepción como la expuesta sobre los fines educativos. Aquí se pone el acento en cómo las concreciones curriculares pueden suponer o no una adecuada representación de los fines educativos y en qué medida la selección de conocimientos fragmentados puede contribuir a la construcción del sentido. Se considera que el currículo como espacio de concreción de los fines educativos puede darse en cuatro niveles: el currículo prescrito, el presentado a los profesores (sobre todo, a través de los libros de texto), el moldeado por ellos y el currículo en la acción. Cobra aquí un papel esencial el pensamiento didáctico del profesor en cuanto que le «permite actuar con cierta orientación en la complejidad que supone la acción educativa» (p. 80).

La cuestión de las finalidades en educación es, sin duda, nuclear e importante. No obstante, la pretensión de recuperar el «debate perdido» sobre este tema debiera pasar por hacer comprensible al gran público docente los fundamentos conceptuales sobre los que se asienta. La claridad pedagógica y expositiva debiera ser el vehículo de la profundidad filosófica si se desea generalizar el debate sobre los fines en educación.

JUAN CARLOS TORRE PUENTE

S. M. CERRO JIMÉNEZ, *Grafología pedagógica aplicada a la Orientación Vocacional*, Madrid: Narcea, 2010, 163 pp.

Convendría que editores y autores se esmeraran un poco más en el mantenimiento de los estándares formales de las referencias bibliográficas, máxime en un libro como éste que se inscribe en la colección «Educación hoy estudios», tan acreditada en esta editorial. Nada que objetar a las citas que sirven para introducir algún capítulo o epígrafe y que se presentan directamente, en cursiva, con el nombre debajo de quien las escribió o pronunció. Sin embargo, no parece autorizado ni de rigor copiar extractos literales entrecomillados mencionando únicamente a su autor; pero sin citar ninguno de los elementos imprescindibles en cualquier referencia bibliográfica: título de la obra, año de publicación, editorial-ciudad y, en su caso, página en la que se encuentra el texto referido (véanse, a modo de ejemplo, las páginas 19, 23-24, 31, 34, 35 y 117 en las que estos elementos están ausentes). Tampoco parece justificado introducir exactamente el mismo párrafo, perteneciente a Crépieux Jamin, en páginas tan próximas como la 20 y la 29, en ambos casos sin hacer alusión alguna al libro original. Todos estos autores no aparecen ni en la bibliografía final, que se presenta sin orden alfabético, ni en alguna nota ocasional a pie de página. Hay al menos dos razones por las que considero que estas cuestiones deben cuidarse en extremo. Una tiene que ver con la mera comprobación o la profundización de aquello que se menciona; una cita puede abrir el apetito del lector con respecto a una idea o a una teoría y puede desear saber más sobre el pensamiento del autor citado. La otra razón está vinculada al rigor científico; de todos es sabido que los escritores se nutren de diversas fuentes para informarse e inspirarse sobre el tema del que escriben, pero resulta

más riguroso citar de forma completa a aquellos de quien se bebe que no nombrarlos. Quizá, además, esto es especialmente importante cuando se trata de un tema como la *grafología*, área un tanto controvertida en relación con su consideración científica. La propia autora de este libro reconoce que «algunos no se han atrevido a llamarla “ciencia”, y otros han optado por considerarla “pseudo-ciencia”; así que el término “técnica científica” parece no comprometer» (p. 19).

El libro se estructura con un prólogo, una introducción a la Grafología Pedagógica, cuatro capítulos, un epílogo y bibliografía. El prólogo lo realizan Francisco Viñals y Mariluz Puente, directores del Máster en Grafoanálisis Europeo de la Universidad Autónoma de Barcelona que la autora realizó como parte de su formación en grafología. Ellos consideran que esta obra es amena y científica y que «contribuye a valorar la grafopsicología en su interdisciplinariedad pedagógico-social y educativa, pues reúne todos los elementos para ser considerada como referencia, tanto para el área de las ciencias del grafismo como para los estudiosos de la personalidad evolutiva» (p. 12). En la *Introducción a la Grafología Pedagógica*, que más bien es una presentación que la propia autora hace de su libro, se explica que el origen de este escrito está en el «triumfo pedagógico» alcanzado tras haber impartido un curso sobre grafología aplicada a la orientación vocacional en la Universidad de Zaragoza, a principios de 2009, a solicitud de la Asociación de Psicopedagogía de Aragón. El breve epílogo anima al lector a seguir el sendero de su llamada y la bibliografía se agrupa en torno a tres apartados: psicología y orientación vocacional, grafología y páginas *web* consultadas. Paso ahora a realizar algún comentario sobre los capítulos.

En el primer capítulo se define lo que es la grafología, se vincula la escritura con la actividad cerebral, se describen las aplicaciones de la grafología y se hace un breve repaso a la historia más reciente de esta «técnica científica», describiendo cuatro de las principales escuelas grafológicas: la mímica, centrada en cuatro movimientos gestuales básicos; la simbólica, que analiza la manifestación escrita de lo inconsciente); la rítmica, más interesada en el examen de la imagen que da la escritura y la emocional, cuyo énfasis radica en identificar los nexos entre estados emocionales y escritura. Esta parte permite hacerse cargo de una manera suficiente de los principales desarrollos de la grafología.

El segundo capítulo se dedica a la teoría y prácticas de morfología gráfica y de hecho está internamente dividido en dos grandes apartados, el dedicado a los órdenes grafológicos básicos y el que estudia nociones básicas de grafología inductiva. Al comienzo de esta parte la autora insiste en que la «Grafología es una técnica que requiere muchísima práctica (p. 37)... y que revela el presente» (p. 38), aspectos ambos que debieran ser muy tenidos en cuenta por quien quiera principiar con esta instrumentación en la orientación vocacional. Luego describe los ocho parámetros grafológicos básicos y sus características psicológicas asociadas: tamaño (concepto de sí mismo), forma (personalidad diferenciada), inclinación (afectividad), dirección (estado emocional), presión (nivel energético), velocidad (agilidad mental), cohesión (sociabilidad), orden (impresión general del yo). A continuación, tras haber analizado los espacios en blanco y la firma, se centra en el estudio de siete letras específicas y su correspondencia psicológica: la M mayúscula (autoestima), la T minúscula (autoridad, voluntad), la A mayúscula (autoconcepto), la D minúscula (creatividad), la G minúscula (sexualidad), la I minúscula (detallismo) y los óvalos (ego personal). Se termina el capítulo dedicando algunas páginas a las coordenadas espacio-temporales del escrito, al color de la tinta y a las fuentes de escritura de los ordenadores. Respec-

to a esta última cuestión, suena un poco amenazante el párrafo que la autora dedica a quienes parecen esconderse tras las teclas del ordenador: «A todos esos que tratan de "huir" de los grafólogos, refugiando su escritura real bajo su fuente favorita de escritura a ordenador, se les puede ir diciendo que tengan cuidado, porque la grafología sabe defenderse a capa y espada, los que la estudian toman sus armas...» (p. 76).

En el siguiente capítulo se abordan aspectos relacionados con la vocación y la orientación vocacional. Se comienza con una clasificación de cuatro tipos de vocación (aunque luego se enumeran cinco), se continúa con una brevísima descripción de algunas teorías no muy recientes de la orientación profesional y la psicología de la personalidad y se hacen algunas consideraciones con respecto a la toma de decisiones. Se concluye esta parte del libro situando el análisis grafológico como uno más de los instrumentos de diagnóstico de los que puede disponer el equipo de orientación. No obstante, la descripción psicopedagógica que se ofrece de las teorías podría parecer bastante insuficiente a quien profesionalmente se dedica a la función de la orientación escolar y vocacional.

El capítulo cuarto, el más extenso, reúne una serie de temas diversos que giran en torno a las motivaciones personales, las competencias principales y los perfiles profesionales. Al principio se retoman las zonas simbólicas de Max Pulver (presentadas previamente en las páginas 30-32), se diferencian las grafologías de los estudiantes de ciencias y de letras y se vincula escritura con valores vitales según la clasificación de Spranger. Luego, se identifican como *principales competencias vocacionales* la autoestima, la autoconfianza, la automotivación, la extraversión, la introversión, la autoeficacia, la perseverancia, el liderazgo y la inteligencia emocional. En mi opinión, no queda suficientemente justificada la inclusión de estas variables psicológicas dentro de la categoría de «principales competencias vocacionales». El tercer gran apartado de este capítulo se dedica a la proposición de «un modelo estandarizado básico y no excluyente» (p. 127) de perfiles vocacionales. El procedimiento que se sigue es el siguiente: *a)* se estructura un cuadro con seis áreas profesionales (p. 28); *b)* se asignan competencias por cada área, siguiendo las «descripciones de los perfiles vocacionales por cualificados profesionales de las distintas ramas, así como los Libros Blancos de ANECA» (p. 129), y *c)* se asocian características grafológicas por cada perfil. Todo ello se acompaña con muestras de escritura propias de cada área. Aquí se realiza una equiparación entre competencias y rasgos de la escritura que da lugar finalmente a un cuadro de perfiles profesionales y rasgos grafológicos (pp. 153-159). Concluye el libro con una ejemplificación de casos prácticos en los que se trata de identificar qué ítems de los teóricamente propuestos en un determinado perfil aparecen en un escrito concreto y se calculan porcentajes que permiten visualizar la preeminencia o no de un perfil vocacional. Creo que esta última parte del capítulo (asociación de competencias-rasgos grafológicos-posibilidades diagnósticas) debiera ser objeto de una profunda revisión conceptual, aunque resulta interesante el intento taxonómico y de cuantificación.

Toda decisión, y más las que tienen un carácter vocacional, incorpora en sí tal variedad de ingredientes que la convierten en necesariamente compleja y, con cierta frecuencia, en una acción arriesgada. El equipo de Orientación requiere de múltiples instrumentos para favorecer elecciones apropiadas por parte de los estudiantes. En este sentido, el conocimiento grafológico profesionalmente utilizado puede contribuir en alguna medida a que estas decisiones sean mejor tomadas.

JUAN CARLOS TORRE PUENTE

ALAN HAIGH, *Enseñar bien es un arte*, Madrid: Narcea, 2010, 127 pp.

El título *Enseñar bien es un arte* responde al original inglés *The art of teaching, big ideas, simple rules* (2008) y ha sido subtítulo como «Sugerencias para principiantes». Su contenido, su extensión y su carácter permiten incluir esta obra en el género de «guías prácticas» para la docencia en las que se ofrecen abundantes ideas clave y trucos («tips») para enseñar mejor.

El libro está estructurado en cuatro apartados (planificar y programar, comportamiento del alumnado y organización de la clase, enseñar y aprender, evaluación) y veinte capítulos breves, algunos de ellos brevísimos (4, 14, 20). El texto se nutre de múltiples consejos bien fundamentados, que se complementan con algunos ejemplos prácticos y anécdotas de la experiencia docente del autor. Con frecuencia recurre a la síntesis teórica de alguna idea importante en un recuadro gráfico, de tal forma que el lector puede recordar más fácilmente aquello que se explica narrativamente con más detalle. Esta manera de presentar la información obedece a que Haigh cree que, tanto en la enseñanza directa con niños como en la comunicación de grandes conceptos, debe procederse según el principio de «hacer todo con sencillez (*keep it simple*)», algo a lo que se refiere como *filosofía reduccionista simplificadora*.

Aunque sostiene que ha «evitado deliberadamente (...) las referencias a teorías, investigaciones y bibliografía» (p. 12), resulta evidente que todo lo expuesto está inspirado en teorías clásicas y recientes sobre la enseñanza y el aprendizaje, a saber, el condicionamiento operante, el aprendizaje significativo por recepción, el aprendizaje significativo por descubrimiento e incluso el «*mastery learning*» (especialmente en el capítulo 4). El autor estima que «los avisos (¿consejos?) que hemos dado son eclécticos» (p. 108) y ello es cierto en la medida en la que no se alinea con una única interpretación psicopedagógica; sin embargo, a mi entender, lo que realmente hace es tomar de las diversas teorías lo que de hecho, según su experiencia, resulta útil para enseñar mejor. Por tanto, las sugerencias que se ofrecen tienen un marcado carácter práctico bien fundamentado. Ahora bien, el tono aplicado y divulgativo de una obra no debiera eximirla de algunos rasgos formales como la bibliografía final o a pie de página, una vez que en el escrito se mencionan autores con fecha, hecho que sucede al menos en las páginas 14, 97, 98, 103, 122 y 123.

El libro está dirigido preferentemente a profesores, tanto principiantes como experimentados, de Educación Infantil y Primaria, aunque cualquiera dedicado a la docencia en otros niveles podría beneficiarse de las ideas expuestas en él, sobre todo, si se es capaz de extrapolar lo dicho a otras situaciones y contextos. Por ejemplo, el apartado primero (planificar y programar), que comprende cinco capítulos y el capítulo 18, centrado en la autoevaluación de la enseñanza, pueden servir para profesores de todos los niveles.

Decía al principio que se trataba de una guía práctica para la docencia, o dicho de otro modo, de un libro nutrido de consejos y recetas sobre cómo proceder bien a la hora de enseñar, expresando de forma clara en multitud de ocasiones qué se debe y no se debe hacer. Ya el autor, con sus muchos matices y observaciones, previene contra una aplicación automática de las sugerencias propuestas, pero desearía abundar aún más en este aspecto de la posible traslación directa de las recomendaciones hechas. Este texto deriva de la experiencia profesional de una persona que ha conjugado formación universitaria, estudio personal, práctica docente (en el caso de Haigh, más de 30 años de experiencia) y reflexión continuada sobre todo ello. El producto,